

JUANA, MUJER DE CUSA

La fuerza del Espíritu

Oración

(del siglo x)

«Trinidad que veneramos,
unidad que adoramos.

Por ti hemos sido creados, verdadera eternidad,
por ti hemos sido redimidos, suma caridad.

Salva a tu pueblo,
libéralo, protéjelo, purifícalo.

Te adoramos, omnipotente, y te cantamos.
A ti la alabanza y la gloria».

SOY Juana, la mujer de Cusa. Yo seguí a Jesús, cuidé de él y de sus discípulos junto con María, Susana y las otras mujeres; caminé junto a él, escuché su Palabra y me dejé tocar el corazón por él.

También yo, como los discípulos, me sentí profundamente conmovida por su condena y su muerte...

Acudí con las otras mujeres al sepulcro para ungir el cuerpo de Jesús con aromas y aceite perfumado que habíamos preparado personalmente, y encontramos el sepulcro vacío.

Mi corazón me decía que había sucedido lo imposible: Jesús no podía morir; Jesús estaba vivo y seguía aún con nosotros. Sí, tal vez de manera diferente, pero allí estaba. Y mis sensaciones se vieron confirmadas por dos seres extraordinariamente luminosos que nos dijeron: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?». Junto a las otras mujeres, recordé sus palabras, lo que él había dicho de sí mismo, y comprendí que el tercer día había sido el día de la vida para él y para nosotros.

Corrimos al lugar donde se encontraban los discípulos para narrar lo que habíamos visto, y los encontramos aturridos por una serie de noticias que les habían desconcertado: Jesús se había aparecido a María Magdalena, a los once, a dos discípulos que se alejaban de Jerusalén, y a Pedro junto al lago... ¡No había duda: estaba realmente vivo!

Durante cuarenta días tuvieron lugar otros encuentros personales y con grupos de discípulos. Él invitó a Galilea a los once y, cuando acudieron, les recomendó que no se alejaran de Jerusalén hasta que llegara el verdadero bautismo.

Se acercaba el final del día, también nuestra esperanza se estaba agotando, teníamos miedo... y orábamos como nos había dicho el Resucitado, aunque era una manera de exorcizar nuestros temores. De hecho, los jefes de los judíos estaban contando a quien quisiera escucharlo que el cuerpo de Jesús había sido sustraído por sus discípulos; algunos decían que nos andaban buscando para acusarnos e interrogarnos...

Nos encontramos en una safa y, mientras llegaba la tarde y las sombras lo envolvían todo, estábamos juntos; juntos para creer en aquel Jesús que sabíamos que había resucitado; juntos para darnos ánimos unos a otros, para seguir esperando y para contagiar a los demás nuestra esperanza.

DE pronto oí un ruido como el de un trueno. Era extraño, pues el día había sido cálido y sereno, y el sol estaba poniéndose dulcemente; nos golpeó un fuerte viento que entró en el lugar y llenó toda la casa...

Llenó nuestro espacio vital, el lugar de nuestra misma existencia. Todos lo sentimos, y estábamos atónitos por tal irrupción; se abrieron de par en par puertas y ventanas, y nos sentimos invadidos por una gran fuerza. Era como una energía vital que nos devolvía la pasión y el entusiasmo que teníamos cuando Jesús estaba con nosotros. Junto al viento percibimos lenguas resplandecientes como de fuego que, dividiéndose, se posaron sobre cada uno de nosotros, poniendo de relieve nuestra identidad y unicidad. Sentimos realmente que nacíamos de nuevo, que éramos casi regenerados, como si en nosotros hubiese sucedido algo verdaderamente nuevo y único.

EL fragor de esta manifestación de Dios lo oyeron todos los que se hallaban presentes en los alrededores: era la fiesta de Pentecostés, fiesta de la Alianza, muy importante para nosotros. Se habían reunido en Jerusalén para aquella ocasión judíos de diversas naciones; nosotros empezamos a hablar, a contar lo que Jesús había hecho y dicho, y cada uno de los presentes escuchaba la narración de la bondad de Dios según su propio modo de comprender, su propia lengua y su cultura. Nosotros, que antes estábamos llenos de temores, de titubeos, sentimos renacer el deseo de anunciar la buena noticia de Jesús, que nació en medio de nosotros, que vivió como nosotros, que murió y resucitó por nosotros y que ahora estaba vivo y presente en nuestro mismo deseo de contarlo.

LOS que nos oían hablar no salían de su asombro, porque todos podían comprender lo que anunciábamos. Me mezclé entre la muchedumbre y sentí, aquí y allá, comentarios y frases que reflejaban una enorme sorpresa: «¿No son galileos todos esos que están hablando? Entonces, ¿cómo es que todos podemos comprenderlo? Entre nosotros hay partos, medos, elamitas, habitantes de Mesopotamia, del Ponto, de Asia Menor, de Egipto, de Libia, de Capadocia... Entre nosotros hay árabes, cretenses, romanos y habitantes de Frigia... y, sin embargo, ¡todos podemos oír y descubrir las grandes obras, las maravillas de Dios! ¿Qué ha sucedido?».

También yo estaba asombrada: ¡nuestro maestro estaba verdaderamente presente de un modo nuevo! ¡Ahora podía llegar, gracias a nosotros, sus discípulos, a los últimos confines de la tierra! Finalmente comprendí su invitación a ir y anunciar la buena noticia a todas las criaturas...

MIENTRAS me movía entre la muchedumbre que escuchaba atenta lo que los apóstoles decían, junto con el estupor y el asombro, sentí que se expresaba también la perplejidad, la resistencia y la dificultad para aceptar un mensaje que cambiaba radical-

mente el modo habitual de pensar sobre Dios, sobre la vida, sobre la religión. Algunas personas se preguntaban qué sentido tenía aquel extraño espectáculo de pescadores ignorantes y temerosos que predicaban de un modo nuevo, apasionante y lleno de fuerza; hombres sencillos que conseguían hacerse entender por todos; hombres casi analfabetos que tenían la capacidad de hablar a todas las culturas, razas, edades y condiciones...

Algunos empezaron también a burlarse de los apóstoles; mirando a Pedro, Santiago, Felipe y los demás, que con tanto entusiasmo y pasión hablaban de Jesús, insinuaban que habían bebido mucho vino y mosto, que embriagan y hacen perder todo control e inhibición.

La propuesta de Jesús encontró también aquella tarde espíritus abiertos y personas escépticas; encontró hombres y mujeres que buscaban, y personas, quizás como vosotros, que se preguntaban qué sentido podían tener aquel anuncio y aquel «prodigio».

¿Qué sentido tiene hoy para vosotros y para otros muchos todo lo que Jesús ha hecho, dicho y vivido?

* * *

Texto bíblico

(Hechos 2, 1-13)

«¹ Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar. ² De repente, un ruido del cielo, como de un viento recio, resonó en toda la casa donde se encontraban. ³ Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se repartían, posándose encima de cada uno. ⁴ Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en lenguas extranjeras, cada uno en la lengua que el Espíritu le sugería. ⁵ Se encontraban entonces en Jerusalén judíos devotos de todas las naciones de la tierra. ⁶ Al oír el ruido, acudieron en masa y quedaron desconcertados, porque cada uno los oía hablar en su propio idioma. ⁷ Enormemente sorprendidos, preguntaban: "¿No son galileos todos esos que están hablando?" ⁸ Entonces, ¿cómo es que cada uno los oye hablar en su lengua nativa? ⁹ Entre nosotros hay partos, medos y elamitas, otros vivimos en Mesopotamia, Judea, Capadocia, en el Ponto y en Asia, ¹⁰ en Frigia o en Panfilia, en Egipto o en la zona de Libia que limita con Cirene; algunos somos forasteros de Roma, ¹¹ otros judíos o prosélitos; también hay cretenses y árabes; y cada uno los oye hablar de las maravillas de Dios en su propia lengua". ¹² Todos estaban estupefactos y perplejos y se decían unos a otros: "¿Qué significa esto?". ¹³ Otros, en cambio, decían riéndose: "¡Están llenos de mosto!"».

* * *

PARA LA INTERIORIZACIÓN

Este relato sirve a los jóvenes y a los adultos para reflexionar sobre su lugar dentro de la comunidad y verificar cómo actúa en ellos el poder del Espíritu Santo.

CON LOS JÓVENES...

Después de la narración del relato se entrega a cada joven el esquema que figura abajo.

Se deja un momento de silencio y al cabo de unos minutos, se invita a los jóvenes a ponerse en cinco lugares de la sala donde se hallan cinco carteles con estos nombres: *los compañeros de viaje, los apasionados, los anunciadores, los peregrinos o caminantes, los buscadores.*

Cada grupo (si alguno es muy numeroso, se subdivide) reflexiona a partir del texto indicado.

| |
|--|
| <p><i>los compañeros de viaje</i> «Estaban todos reunidos en el mismo lugar».</p> |
| <p><i>Los apasionados</i> «De repente, un ruido como de un viento recio... llenó toda la casa».</p> |
| <p><i>Los anunciadores</i> «Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en lenguas extranjeras».</p> |
| <p><i>Los peregrinos o caminantes</i> «Somos partos, medos, elamitas y habitantes de Mesopotamia... ».</p> |
| <p><i>Los buscadores</i> «Todos estábamos estupefactos... ¿Qué significa todo esto?».</p> |

Para la reflexión personal y de grupo:

- ¿Qué me ha movido a integrarme en este grupo de pertenencia?
 - ¿Cómo y dónde encuentro esta palabra/expresión en mi experiencia de vida?
- ¿A qué, hacia quién, cómo... me impulsa esta palabra?
Se refiere a los demás grupos la propia experiencia.
Una vez que los grupos lo han hecho, se concluye con una invocación al Espíritu Santo para que permita vivir lo que se ha descubierto.

EN LA PRIMERA PAUSA

- ¿Cuáles son las personas que comparto conmigo momentos de oración y de búsqueda?
- ¿Pienso en ellas y las siento junto a mí en este momento?

EN LA SEGUNDA PAUSA

El Espíritu, como soplo de viento, dio nueva vida a los discípulos.

- ¿En qué y cómo me siento robustecido?
- Pienso en situaciones en las que he sentido la fuerza del Espíritu.

EN LA TERCERA PAUSA

- ¿Qué palabra puedo anunciar hoy?
- Cada uno de nosotros es invitado a decir una expresión de la palabra del Señor que podría anunciar hoy a los demás.

EN LA CUARTA PAUSA

- ¿Hacia quién voy?
- ¿A quién comunico el mensaje? La característica de la Palabra y de quienes la anuncian no tiene límites.
- Pienso en mis límites: ¿cómo consigo superarlos?
- ¿Soy capaz de acercarme a quien no piensa como yo?
- ¿Sé hablar el lenguaje de quienes me escuchan?

Se concluye alabando e invocando la presencia del Espíritu sobre nosotros.

... CON LOS ADULTOS

Oración final

(Salmo 47: El Señor, rey de Israel y del mundo)

«² Pueblos todos, batid palmas,
aclamad a Dios con gritos de júbilo;
³ porque el Señor es sublime y terrible,
emperador de toda la tierra.

⁴ Él somete pueblos a nuestro yugo
y pone naciones a nuestros pies;
⁵ él nos escogió como heredad suya:
gloria de Jacob, su amado.
⁶ Dios asciende entre aclamaciones;
el Señor, al son de trompetas.

⁷ Tocad para Dios, tocad,
tocad para nuestro Rey, tocad.
⁸ Porque Dios es el rey del mundo;
tocad con maestría.

⁹ Dios reina sobre las naciones,
Dios se sienta en su trono sagrado.
¹⁰ Los príncipes de los gentiles se reúnen
con el pueblo del Dios de Abrahán;
porque de Dios son los grandes de la tierra
y Él es excelso».